

descifrar, y como resultado que intuimos que se halla al final del proceso. Y, en medio, en el itinerario, se encuentra todo ese magma de la vida, que la poesía de Antonio Colinas capta con toda su gama de dualismos, de escisiones, de complementariedades: luz / sombra, noche; amor / muerte; piedra / tiempo... Pero esa unidad, esa armonía, como principio y fin, como explicación de todo y a la vez como misterio, nos hablan de esa intuición central que impregna el canto de Antonio Colinas: el mundo como cosmos frente a tantos caos; la naturaleza como plenitud, frente a tantas carencias; el ser humano como lleno de sentido, frente a tantos sinsentidos.

La celebración supone una intuición y una visión trascendente del mundo, un mundo lleno de sentidos y correspondencias que el poeta, a través de su canto, se dispone a captar y desvelar. Y éste será su mejor testimonio, a pesar de que muchas veces parezca que excluye de su canto «lo mortífero y lo monstruoso». Es la actitud que expresa Rilke ante una pregunta sobre el quehacer del poeta:

*Di, oh poeta, ¿cuál es tu quehacer?
-Yo celebro³*

Esta necesidad de establecer una alianza con lo cantado (el mundo, el hombre, la vida), imprescindible para poder celebrar, lleva al poeta a asumir, como primera condición, la disponibilidad, la entrega, el hacerse dador, el fusionarse casi con la materia del canto (recordemos, por ejemplo, en este sentido, el verso de Luis de Camoes: «Transfórmase el amante en lo que ama»), algo que ya percibimos con nitidez en el conjunto poético que constituye la apertura de la obra poética de Antonio Colinas, *Poemas de la tierra y la sangre* (1969): En «Nocturno de León», el poeta, dirigiéndose al «Noble León», le pide:

*hazme un hueco de amor entre tus muros negros,
[...]
que se agigante el sueño para este amor que ofrezco* (pág. 10).

En «Riberas del Órbigo», como apertura y cierre del poema, se indica:

*Aquí en estas riberas donde atisbé la luz
por vez primera dejo también el corazón* (págs. 15 y 16).

En «Barrios de Luna», expresa el poeta al lugar así llamado:

con vosotros se queda mi corazón, mi asombro (pág. 18).

Y, en fin, en «Visión de invierno», nos encontramos con dos ejemplos de lo que indicamos:

³ Rainer María Rilke. «Dedicatorias», en *Antología poética*, 4ª ed., versión de Jaime Ferreiro Aleniparte, Espasa-Calpe, Col. Austral nº 1446, Madrid. 1982, pág. 215.

*Deja, León, que ponga muy dentro de tu entraña
de piedra oscura un beso (pág. 20).*

*En la última llaga de tu ser, en la escarcha
de cada teja quiero dejar mi corazón (pág. 20).*

En este ofrecimiento, en esta disponibilidad, que persigue una alianza con el espacio primordial (naturaleza y arte se confunden en él), el poeta da, entrega, el amor, el corazón, el asombro, el beso, es decir, su propio territorio cordial y afectivo, aquello que se escapa de lo racional, y que mejor puede ligarse, aliarse con el espacio del origen, por tanto. Pero este ofrecimiento parece querer asentarse en la quietud, tal y como expresan los términos y expresiones empleados por el poeta: *hazme un hueco, deajo, con vosotros se queda, Deja [...] que ponga, quiero dejar*. Quietud que no es difícil asociar con uno de los territorios de la mística, con aquella propuesta quietista (y heterodoxa) de Miguel de Molinos, como base necesaria de toda contemplación de la segunda realidad, de la otra realidad, tan buscada en la poesía de Antonio Colinas.

Mysterium fascinans

Es el del misterio el signo que orienta la poesía de Antonio Colinas, como territorio, hondo e inabarcable, en el que se hallan los enigmas y las preguntas que el hombre, desde su llegada a la tierra, no ha resuelto y a las que no ha sido capaz de hallar respuesta, respectivamente. Y el territorio también en el que se halla esa otra realidad, esa segunda realidad, velada y oculta, en tantas ocasiones, para los sentidos y para la razón.

En el poema «Mysterium fascinans», que cierra *Sepulcro en Tarquinia*, se manifiesta, de modo explícito, esta orientación hacia el misterio de la poesía de Antonio Colinas, visto como «remota orquestación» que «conmueve» al cosmos y al corazón del hombre.

Para Rudolf Otto, «el concepto de *mysterio* no significa otra cosa que lo oculto y secreto, lo que no es público, lo que no se concibe ni entiende, lo que no es cotidiano y familiar (...). Sin embargo con ello nos referimos a algo positivo. Este carácter positivo del *mysterium* se experimenta sólo en sentimientos. Y estos sentimientos los podemos poner en claro, por analogía y contraposición, haciéndolos resonar sintónicamente.»⁴

Y éstos son —creemos— los procedimientos de que se vale Antonio Colinas: experimenta el misterio mediante sentimientos, y éste resuena, armoniosa, musical y sintónicamente, en su poesía, a través de los procedimientos de la analogía (las continuas correspondencias, el empleo de símbolos) y de la contraposición (los dualismos). Y es que —sigue dicién-

⁴ Rudolf Otto, *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios, traducción del alemán de Fernando Vela, 1ª reimpr., Alianza Ed., El Libro de Bolsillo número 793, Madrid. 1985, pág. 23.*

do Otto— el misterio es «un bien absolutamente irracional, del cual el sentimiento *sabe* por una sospecha vehemente y le reconoce tras símbolos de expresión oscuros e insuficientes.»⁵

Pero uno de los aspectos fundamentales del misterio es el de ser fascinante, calificativo que le da Antonio Colinas en el título del poema citado, y calificativo al que Rudolf Otto dedica un análisis. Para Otto, el elemento fascinante del misterio alienta no sólo en el sentimiento religioso del anhelo, sino también en el sentimiento de lo «solemne», que se revela por igual en la *hesychia* (estado místico de profunda quietud del espíritu) y en el arrobó. Análisis que —creemos— es válido para expresar aspectos presentes en la poesía de Antonio Colinas: serenidad, quietud, armonía, pero también anhelo, ebriedad, búsqueda de intensidad y de plenitud, o ese aliento amplio de ciertos poemas (pensamos en el de «Sepulcro en Tarquinia») o libros enteros (*Noche más allá de la noche*) que podríamos relacionar con lo que Otto llama lo «solemne» y también con estados de arrobamiento.

Esta orientación hacia el misterio —de la que venimos tratando—, en la poesía de Antonio Colinas, se da, sobre todo, por medio de varias vías, matizadas todas ellas por la inteligencia, la sensibilidad y la experiencia del autor. Se trata de vías de conocimiento, a través de la emoción, de la contemplación y de la reflexión poéticas; vías en las que se halla lo pleno del ser humano a lo largo del tiempo, lo más universal y arquetípico también, lo que seguirá teniendo validez en el futuro que al hombre le toque vivir. Las que aparecen más privilegiadas en esta obra poética creemos que son las siguientes: el amor, la naturaleza y las realizaciones místicas (de varias tradiciones) y culturales (filosóficas, musicales, literarias, artísticas...) del ser humano en su devenir temporal.

Poesía orientada hacia el misterio. «Cuando nace el hombre» —indica el poeta en «Biografía para todos» (ASTR):

*...si vive consciente
no habrá un año en su vida
que no le atenacen los misterios
del ser y del no ser (pág. 123).
pero nunca sabré de este misterio
de él y de ella brotando de lo oscuro
como una turbadora melodía (ASTR, pág. 130).*

Misterio del ser, del amor, de la vida, del cosmos. Misterio fascinante, hacia el que se orienta esta poesía con su música.

⁵ Rudolf Otto, op. cit., página 59.

Un viaje hacia el centro⁶

Se produce, en la poesía de Antonio Colinas —utilizando como guía la intuición, la emoción, la sensibilidad y la memoria—, un itinerario hacia el origen, que no es tanto un itinerario melancólico hacia el pasado, cuanto hacia un centro presentido, hacia un territorio —remoto, es verdad, pero que a la vez se halla en nosotros mismos (niñez, asombro ante el mundo que por primera vez miramos, amor, cultura, naturaleza...)— que podría proporcionarnos y revelarnos las claves de lo que somos, el sentido que nos rige, en un momento —como el que vivimos— atravesado por tantos sinsentidos. Itinerario o viaje, en definitiva, hacia un espacio mítico (cifrado, por ejemplo, durante la época clásica, en la Arcadia) y hacia un tiempo mítico (cifrado en la Edad de Oro). Espacio y tiempo míticos que se hallan fuera del espacio y tiempo físico e histórico. No se trata, por tanto, de un viaje hacia pasado alguno, por mucho que en él se ubiquen espacios y tiempos paradisiacos; ni está marcado —creemos— dicho itinerario por melancolías ni por nostalgias (aunque no falten en algún momento en esta poesía).

Pensamos que se trata de otro itinerario, de otro viaje: hacia la raíz, hacia la semilla, hacia lo originario, que está en un tiempo y en un espacio, sí, pero también en todos los tiempos y en todos los espacios; y que, sobre todo, está en todos los seres, en todas las existencias humanas; ya que, en definitiva, se trata de un viaje hacia nosotros mismos y hacia el mundo; un viaje a través del conocimiento y de la emoción, que han de fundirse, que han de armonizarse y concordarse —como ocurre en esta poesía— o, lo que es lo mismo, a través de la razón y a través del corazón.

Exige este viaje —realizado por medio de la poesía, como hace nuestro autor— una entrega al misterio, a la emoción, a la vida del espíritu, a la intensidad, a la belleza... Elementos todos ellos que aparecen en una tradición lírica intemporal, que se ha ido manifestando en la mejor poesía de todos los tiempos y de todas las culturas. A esto se le ha llamado —debido a una etiqueta perezosa— *romanticismo*. Si aceptáramos tal denominación, tendríamos más bien que hablar de *condición romántica*, o —como hace Alejandro Amusco, que plantea muy bien el problema— de *romanticismo diacrónico*, es decir, de aquél que no pertenece a una época histórica determinada, sino que parte de una actitud (búsqueda de la plenitud, de la intensidad, del misterio, de la belleza) que se da en todos los tiempos y culturas, puesto que es algo inherente a la condición humana.

Pero, a la hora de realizar este viaje o itinerario, Antonio Colinas, en su poesía, igual que ya armonizara pensar y sentir, armoniza o fusiona las dos

⁶ Ver Luis Moliner, «Variaciones sobre el centro. (Sobre la poesía de Antonio Colinas)», en VVAA. Antonio Colinas. Armonía órfica, una poética de la fusión, *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, n.º 105, Barcelona, 1990, pp. 45-56. (Este monográfico es de gran interés, así como el suplemento que lo acompaña: Antonio Colinas Antología poética y otros escritos. Selección de textos, documentos y homenaje, *Anthropos suplementos*, número 21, Barcelona, 1990).